

Hay en la memoria de esta “materia pulida y casi mineral” (J.M.Taverna Irigoyen) o “soporte pétreo” (Natacha Kaplún) reminiscencias de El Bosco y de Bruegel, tópicos que como huellas o rasguños la hacen metafórica. Y como expresa Umberto Eco: “Las metáforas sumamente originales y creativas sólo pueden parafrasearse bajo la forma del cuento (aventurado, trabajoso e interminable) de su interpretación”.

La mayoría de las obras de Luchi Collaud continúan, dicen de un antes y un después. Son un pasaje, de ahí ese fuerte rasgo cinético. Además siempre hay algo que ocurre, algo que genera ese movimiento o apuro. Sus personajes nombran lo nómada. (Escapan de no sé qué jaulas, de no sé qué historias, del miedo).

Hay, insisto, una mudanza permanente. Un irse o un volver. Una estable inestabilidad. E innegablemente se impone la fuerza de lo temporal y pensaba en Platón definiendo al tiempo “como la imagen móvil de la eternidad”.

Toda su obra ilustra o reinterpreta esa definición o el “pantha rei” de Heráclito cuando expresa que todo cambia. Y en esa peregrinación, emigrar e inmigrar u otro “vía crucis” lo que se reitera es la “multitud” y de la “resignación” y en ella, los conjuntos de tres personajes o tres elementos, además de los platos, los cuchillos y los tenedores, los zapatos como escombros de cansadas extensiones, los bultos como una condena u otra cruz y los portafolios que establecen una no menos pesada antítesis, y los achatados pájaros que se elevan o caen como flechas y las manos, esa estrella que dice del alma, que cruza, que se agiganta y ese detalle que no vimos pero está y dice, grita o aúlla, expresan desde su incompleta totalidad la gran metáfora: la del hombre y la sociedad. La obra, la imagen que plasma L. Collaud (esta firme mujer que expresa: “...la pintura es para mí un espacio de reflexión, una manera de inventarle el sentido a la vida; ese sentido que está en la búsqueda permanente, en el riesgo de la experiencia de la libertad. Siempre se trata de sucesivas aproximaciones, de hipótesis parciales”), vehicula numerosas connotaciones, es decir, exige que entren en juego distintos códigos que en última instancia dependen de una ideología.

Y ahora podemos afirmar que L. Collaud pinta el afiebrado arrítmico ritmo de la posmodernidad. Y es musical su obra aunque suponga el pesado monótono arrastrar de esto que estamos siendo los hombres. Jaques Derrida definía al sujeto del objeto como “un lugar en que habla la cultura”

Y la obra de Luchi Collaud dice del contexto socio cultural en la que fue elaborada. Muestra al hombre de nuestro tiempo como un sólido manjar que tienen el peso, el hervor de 2000 años y recuerda a aquellos hombres que se comían los unos a los otros. Muestra al hombre corriendo sin saber a dónde ir, dónde protegerse del hombre... agujeros de dónde salen y otros que parecerían se ofrece para que entre.

Dice de lo difícil que es salir del enredo de esa inmensa aunque empequeñecida madeja que somos. Lo hace con un refinamiento estético conmovedor.

LUIS ALBERTO SALVAREZZA
Periódico “Borrón y Cuenta Nueva”
Concepción del Uruguay
(Provincia de Entre Ríos)